

¿APERTURA SOCIAL?

POLITICA GREMIALES

La entrevista del presidente Onganía con un grupo de dirigentes sindicales motivó comentarios y desmentidas, críticas o signos de aprobación según los sectores opinantes pero también la perspectiva ético-política, ideológica o económica donde estaban situados.

Para algunos el presidente no "debió" hacerlo, para otros sencillamente fue una demostración de sensibilidad social; para los ideólogos de la derecha la cosa fue un éxito porque irritó a los liberales; para éstos una señal de peligro político y para algunas izquierdas una tentativa de alianzas oscuras. Para los sectores económicos, por fin, una maniobra desconcertante habida cuenta de las dificultades económicas no superadas que parecen exigir la continuación de la actual política económica hasta que muestre todos sus resultados.

La cuestión no habría despertado recelos desmesurados en los factores de poder y sin embargo conserva la importancia inicial por su significado y eventuales consecuencias. Por lo pronto, nadie puede negar que el **hecho** de la entrevista interesa por sí mismo y sin perjuicio de los desacuerdos existentes en torno de la versión "verdadera" de sus características y contenido. Un vespertino publicó la noticia, un importante matutino expuso su contenido según fuentes oficiales a través de informes que habrían sido directos, y uno de los funcionarios responsables se apresuró a desmentir la versión pero no el hecho.

Sindicalismo y peronismo. La cosa no habría pasado de una noticia de relativa importancia si no mediase el complejo "background" del peronismo. No es un secreto para nadie que desde hace varios lustros los sectores no peronistas tienden a identificar este movimiento y su época con la mayoría de los sindicatos y aun con el grueso del movimiento obrero. Ciertamente es que se trata de una simplificación, pero esta vez tal simplificación tiene una buena dosis de verdad. Por supuesto, a veces uno se pregunta por qué extraña razón algu-

nos se indignan o molestan frente a la fidelidad obrera hacia el peronismo, cuando la experiencia peronista significó algo así como la carta de ciudadanía política de un importante sector de la población, equivalente al sufragio universal respecto de los sectores medios de principios de siglo. En realidad, debería admitirse como natural que la mayoría de los obreros asocian buena parte de su historia personal con la época peronista y que resultaría por lo menos sorprendente que un obrero se exhibiera como entusiasta adherente del señor Alsogaray o de la ex Federación de partidos de Centro.

Atribución de intenciones. Así las cosas, era inevitable que un diálogo como el trascendido motivara atribución de intenciones. ¿Qué se propuso el presidente Onganía? ¿Qué buscaban los protagonistas del diálogo? ¿En qué medida éste puede ser el anuncio de una suerte de apertura social del gobierno revolucionario?

En primer lugar cabe aceptar que la actitud del presidente fue deliberada y que todos ponderaron las consecuencias de la acción. El presidente pudo pensar que a esta altura del proceso es hora que ese tipo de relaciones no se consideren necesariamente peligrosas, y que la opinión pública así como los factores de poder deben irse habituando a presenciar o a saber de encuentros como el acontecido.

En segundo lugar, los sectores que vieron con cierto recelo el episodio deberían reconocer que la situación de todos respecto del poder revolucionario no es la misma. Los que tienen poder económico, por ejemplo, poseen también vías de comunicación con la conducción política y eco-

nómica que han sido casi siempre más fácilmente transitables que las abiertas con esfuerzo para los sectores laborales después de la revolución de 1955. Si se hace un relevamiento de las élites del poder que se han sucedido desde entonces hasta ahora, dichos sectores no pueden quejarse. Gobiernos civiles y militares han estado integrados con suficiente cantidad de amigos, de compañeros de colegio, de asesores y auditores conocidos, o de concurrentes o socios de los mejores clubes de Buenos Aires como para que la comunicación haya sido, para los sectores afines, relativamente fácil. Y la comunicación ha sido, con frecuencia, el requisito o la condición principal que dichos sectores han exigido para mantener relaciones con el poder en ejercicio. No es extraño, pues, que el mundo obrero aspire a que algunas de esas vías le pertenezcan, so pena de clasificar a esta revolución como una forma de militancia antiperonista.

Las resonancias. El episodio no agota sus consecuencias en el campo oficial. También en el sindical producirá sucesivas resonancias y tomas de posición. El porvenir de la C.G.T. se encuentra comprometido y será afectado por las ondas que el hecho produjo. La carrera de muchos dirigentes depende hoy del acierto en la evaluación del futuro inmediato. La "representatividad" de los dirigentes, tantas veces reclamada, tiene una vaga fisonomía difícil de perfilar. Porque la representatividad es una palabra hermosa pero esquiva. Parece que se hubiera alcanzado su intimidad cuando se descubre que se la conoce poco. Porque, ¿quién es representativo en la Argentina contemporánea? Si la

representatividad es, de alguna manera, la legitimidad del representante, ¿quién puede exhibirse hoy como propiamente representativo? En ese sentido, juzgar la reunión a partir de la representatividad de los protagonistas puede ser un mero ejercicio intelectual. Todos son, si se quiere, los que están mandando en sus respectivos sitios de acción. Y punto. Aunque sin duda los méritos personales de los presentes sean, si se los considera uno por uno, con su nombre y apellido y su trayectoria humana y profesional, apreciablemente distintos.

La hendidura de la participación.

El hecho, pues, importa por su significado y no por las "concesiones" que algunos comentan y que no deben haber existido. Porque en rigor, el momento del proceso no permite un margen de maniobra demasiado amplio. Sólo es posible demostrar mejor "disposición". Una actitud, pues, que como tal anuncie comportamientos futuros. Pero no mucho más. Porque hay dos recursos que en algún momento deberían movilizarse para que un acuerdo concreto pueda realizarse: el recurso económico y el recurso político. El primero supone distribución socialmente adecuada de lo que se logre conseguir o producir. El segundo, participación en una cuota de poder. Y ninguno de esos recursos son hoy "negociables". El primero, porque debe conseguirse. El segundo, porque no puede, aún, compartirse. Y esto lo saben los que, a la postre, son los únicos realmente marginados de las reglas del juego y padecen la incomunicación total: los políticos profesionales. □

Carlos Temple